

SINCRETISMO Y ECUMENISMO EN LA PERSPECTIVA DE SCIACCA

POR

PIER PAOLO OTTONELLO (*)

La preocupación de establecer un diagnóstico dirigido a lo contemporáneo ha comprometido zonas de la actividad de Sciacca, en base a la reconstrucción metafísica más adecuada a la situación histórica. De ahí la coherente polaridad de los aspectos de toda su obra, histórica y teórica, orientada a la fundación y a la fructificación de un humanismo integral configurado en términos a la vez afines y muy distantes, o sea, paralelos en relación con los de Maritain. En los primeros años de la postguerra con *La interioridad objetiva* (1952), Sciacca puso las bases teóricas de su amplio empeño, que venía articulándose especialmente en dos obras: *Filosofía y metafísica* (1950) y *El problema de Dios y la religión en el mundo actual* (1953) en las que funda y demuestra la autonomía y la inseparabilidad de filosofía y religión, y, en consecuencia, la autonomía y la inseparabilidad entre la religión y la multiplicidad de los valores que constituyen la integralidad del hombre.

El teísmo constitutivo de la inteligencia es el fundamento del programa de "reconstrucción", del reencuentro del significado completo del progreso —fuera del nominalismo y del reduccionismo—, que Sciacca formula en aquellos años: "contra el cientifismo" es necesario "recuperar y rescatar el verdadero valor de la ciencia, del arte contra el esteticismo, de la historia contra el his-

(*) En versión castellana de Armando Marchante, publicamos el presente trabajo del profesor de la Universidad de Génova Pier Paolo Ottonello en el vigésimo-tercer aniversario del fallecimiento de quien fue ilustre colaborador de estas páginas, el filósofo Michele Federico Sciacca (N. de la R.).

toricismo, de la economía contra el economismo, de las filosofías contra el filosofismo" (1).

Los pésimos *aut-aut* de racionalismo y fideísmo, de naturalismo e inmanentismo, que en esos mismo años Sciacca diagnosticaba como la raíz de la disolución de la filosofía y de la ciencia, de la moral y de la religión, le inducen a formular una conclusión que, una vez más, suena como un ultraje a los conformismos aliados (2), porque con una certera visión se anticipa a un largo plazo: "es preciso recristianizar también a los pueblos que se dicen católicos" (3); esto escribe en el 53, algunos decenios antes de los programas de la "nueva evangelización". Coherente con la verdad de que "la verdadera revolución es decir la verdad" (4), Sciacca se ofrece así a la condena de "inactualidad" (5); en un breve arco de años verá primero que es presentado como un "peligroso innovador" y, luego, como un "peligroso reaccionario" (6); que es la misma situación, empeorada en términos históricos, que la sufrida por Rosmini.

Entre *La libertad y el tiempo*, que publica en el 65, y la *Ontología triádica y trinitaria*, Sciacca intensifica su empeño de diagnóstico y fundación concentrado en el capítulo final de su obra *El oscurecimiento de la inteligencia* (1970) —capítulo sobre la *Impiedad religiosa*—, las conclusiones de su propio y constructivo paso crítico a través de la modernidad, en estos términos: "el Occidentalismo ha alcanzado a todas las religiones", secularizándolas y reduciendo la nueva religión "del porvenir" al "socio-

(1) *La hora de Cristo*, cuya primera edición es del 54 (pero el prólogo es del 53); ideal seguido en *La Iglesia y la civilización moderna* (1948), retomando en la segunda edición "revisada y ampliada" del 69 (Milán, *Obras completas*, XXXI). También *La hora de Cristo* ha tenido en el 73 una segunda edición "revisada y ampliada", de la que cito (Milán, *Obras completas*, XXXVII, pág. 82). Cfr. *En espíritu y verdad* (1952, Milán, 100-102. *Obras completas*, XI, págs. 15-19).

(2) Cfr. mi *Sciacca anticonformista*, "Studi Sciacchiani", XI (1995), págs. 1-4.

(3) *El problema de Dios y de la religión en la filosofía actual*, Milán, 1964, *Obras completas*, XXI, pág. 356; cfr. págs. 339-346, 363-365.

(4) *En espíritu y en verdad*, cit., pág. 338.

(5) Cfr. mi *Sciacca. El renacimiento de Occidente*, Venecia, Marsilio, 1995, págs. 27 y sigs.

(6) *Los arietes contra la vertical*, Milán, 1969. *Obras completas*, XXX, pág. 22.

logismo puramente pragmático" que es coherente con la "continuidad" iluminista y neoiluminista entre liberalismo, comunismo y modernismo (7). En resumen, el neoconformismo del ateísmo progresa con la nueva moda del sincretismo. Los tres grandes profetas de este "progreso" histórico resultan, por lo tanto, ser Feuerbach, que en *Los principios de una filosofía del porvenir* identifica en la "humanización de Dios" la "tarea de la época moderna"; su discípulo Nietzsche anunciador del superhombre como superbestia; y el Lenin de la "superación del ateísmo"; lo que el genio itálico ha traducido en los destilados maquiavélicos de Gramsci dentro de la enésima persecución de los "espíritus libres". Con estas premisas, el presupuesto fundamental del "progreso" religioso de la Humanidad es el postcristianismo como final coherente con la presunta consumación de la metafísica. En esa dirección, los residuos del historicismo, positivismo y pragmatismo convergen en maridajes coherentemente espurios, que ven como aliados forzosos a un Gentile y a un Heidegger; a un Wittgenstein y un Sartre; a un Popper y a un Gioran. Para la pléyade satélite y corpuscular que orbita en torno a tales posiciones, es decir, para la trama de la cultura contemporánea, deshinchada como anticultura, el primer dogma es efectivamente el de la *insipiens* "liberación" —como escribe en *Filosofía y antifilosofía*— de "religión, moral, derecho, ciencia política, y economía, de cualquier fundamento filosófico y metafísico" (8).

Las llamadas "superaciones" de la metafísica, dan a luz los dogmas postcristianos y neopaganos (9) que Sciacca identifica rosminianamente en las formas confluyentes del racionalismo —como sustitución de Dios por la razón divinizada— y la idolatría —como absolutización, vez por vez, de cada una de las propiedades del hombre—, por tanto, en una dirección sea histori-

(7) *El oscurecimiento de la inteligencia*, Milán, 1970. *Obras completas*, XXXII, págs. 177-179.

(8) Cfr. mi *Occidentalismo y neopaganismo*, "Filosofía Oggi", XVIII (1995), págs. 415-418, y *Dogmas postcristianos*, "Studi Cattolici", núm. 432 (1997), páginas 101-104.

(9) Cfr. mi *Ecumenismo y sincretismo*, "Rivista rosminiana", XC (1995), páginas 377-384.

cista, sea materialista, sea existencialista. De ahí resulta que ante todo, *la fundamental confusión entre religión y religiosidad, matriz de la confusión entre ecumenismo y sincretismo*, hoy es casi siempre normal. Por ejemplo, un aculturizadísimo Zolla juzga inseparables ecumenismo y sincretismo como buen aspirante neosciamano. La confluencia hasta la equivalencia de racionalismo e idolatría, erradica ante todo el sentido de la trascendencia y, por tanto, el mismo sentido del pecado, que es tal en cuanto que libre violación del orden trascendente revelado por Dios y, por eso, erradica también el sentido de la revelación y de la redención; en otros términos, desemboca en la anulación del sentido de la *religión* en cuanto tal, es decir, en cuanto relación de caridad con la *Persona absoluta, cradora y providente* y, en consecuencia, deja un creciente espacio a las variadas formas de *religiosidad*, la cual es todo lo que se deriva de lo *divino* que se atribuye a cualquier realidad que, de vez en cuando, aparezca como "superior" al hombre; por tanto, desde las manifestaciones de la naturaleza hasta las fuerzas propias de la sociedad y de la historia. La caridad es el eje de la religión, el temor lo es de la religiosidad. Por ello, la religión, en cuanto tal, es el centro de todo perfeccionamiento y enriquecimiento humano; la religiosidad es la matriz de los innumerables conflictos que urgen siempre nuevas formas de pacificación y de compromiso, hasta que el temor radical sea eliminado mediante una universalización del bienestar, que es, de hecho, el fondo utópico e ilusorio de la hoy naciente tecnocracia. El neopaganismo que es su soporte, renueva y hace avanzar la necesidad de cambiar —como dice San Pablo— "la gloria del Dios inmortal por la imagen del hombre mortal" (10). Pero no como ventaja para el hombre, puesto que, convertido en ídolo de sí mismo, se anula su propia dignidad metafísica por haber desacralizado o negado el mismo sentido de la verdad como relación entre el Dios revelador y el hombre libremente reconocedor. Por ello, su "normalidad", una vez negada toda norma trascendente, es el juego infinito de choque de sensaciones y opiniones en búsqueda insaciable del instante más

(10) *Romanos*, I, 22-23.

útil, placentero o cómodo. Por lo tanto, cada ley es solo el resultado de un convenio más o menos funcional; todo itinerario meritorio personal o social trata de sustituirse por la manía infantil del "todo inmediatamente para mí", no ciertamente inocente, sino que es el crisol de la cadena de delitos con las cuales se establece y se restablece toda micro y macro sociedad: cadena "mercantil", tanto más huidiza cuanto más presume de pacifismos que sustituyen a la prohibida y posible paz —aquella que el mundo no puede dar— así como los humanitarismos que sustituyen a la caridad.

Occidente, decaído en occidentalismo por la pérdida del sentido de la necesidad de la metafísica, oscurece la inteligencia ontológica y se reduce a "estupidez historizada". Omitido y perdido el mismo sentido de la unidad constitutiva de lo múltiple, o sea, la dialéctica creadora e integradora ser-entes, disipa toda forma de pluralismo a niveles de relativismo cada vez más disolventes, hasta hacer desaparecer de lo cuantitativo todo sentido de lo cualitativo. Con ello se ponen las bases para hacer planetario lo tecnológico absolutizado en su dimensión tecnocrática comprimiendo los hogares de la ingobernabilidad a todos los niveles, cuyo gradiente, por otra parte, desde hace aproximadamente un treintenio, continúa superando las señales de alarma cada vez más altas. Intenta sofocar estos orígenes del fuego cubriéndoles con ensamblajes varios y vendibles de ideología y religión, después de haberlas homologado y homogeneizado. La tecnocracia en aumento liberada de la ilusoria farmacopea metafísica, se hace recogedora opulenta de estimulantes y cataplasmas, aunque procedan de nuevos brujos y de traficantes de droga, con tal de remediar nuevos "momentos" de subida del "tono" al que, vez por vez, "nos lleva el corazón". Su normalidad es la libertad apática y viciosa hasta lo patético y lo grotesco, que Sciacca en *La libertad y el tiempo* llama infantil e idiota, porque no sabe lo que dice y no sabe lo que hace, desenmascarando y desmitizando todo, con tal de remover todo impedimento para hacer "todo lo que se tiene ganas de hacer", aunque sí, como insinúa Voltaire, lo que busca, lo busca por necesidad, no por elección (11).

(11) Cfr. *La libertad y el tiempo*. Milán, 1965. *Obras completas*, XXII, páginas 163 y sigs.

El moralismo, viejo cómplice de la "hipocresía burguesa, colabora así con la extendida desvergüenza de la sociedad del bienestar" (12), según la rutina del conformismo más blando y cruel. Es el conformismo hijo del perseguido "puro igualitarismo": el apetitoso plato de zanahorias ofrecido por el gran *gourmet* tecnocrático, que, en realidad, es la "muerte de la inteligencia, de la cultura y de la libertad, es la igualdad de la esclavitud", como escribe Sciacca en las últimas páginas de *El magnífico boy* (13). El éxito del plato tecnocrático está asegurado si el hambre que él mismo estimula, más allá de las anorexias repetidas, es el mismo del egoísmo que "indomable y camaleónico... altera y arruina hasta su destrucción el orden social y el de la naturaleza", elevando la confusión al caos (14).

Al inicio de los años cincuenta, Sciacca había subrayado como característica de la conciencia contemporánea la ostentación de una "grave preocupación religiosa" (15); en los años setenta esto se le aparece en su ambigüedad, porque se caracteriza por combinar y, frecuentemente, confundir el fenómeno —nuevo y típicamente contemporáneo— de la religiosidad de las masas con la proliferación de formas subjetivas de "necesidad" religiosa. Tales formas se muestran como muy necesitadas esencialmente de espontáneas y no estructuradas agragaciones, según una contradictoria dinámica —también típicamente contemporánea— de las "sociedades anárquicas", fluctuantes según el sentir más momentáneo y "motivado".

En este nivel horizontalizado, e incluso comatoso, todas las formas de "necesidad religiosa" resultan tan intercomunicables como intercambiables, con la imperiosa condición de que el cocktail logre ser "productivo" con respecto al impulso. La máscara democrática de la tecnocracia reduce efectivamente cualquiera otra necesidad a una red de convenciones: después de haber homologado las necesidades esenciales y constitutivas con aquellas que son artificiales y momentáneas, tritura el resultado

(12) *El oscurecimiento de la inteligencia*, cit., pág. 161.

(13) *El magnífico boy*. Roma, 1976, pág. 113.

(14) Cfr. *ibidem*, págs. 157 y 189.

(15) *El problema de Dios y de la religión en la filosofía actual*, cit., pág. 14.

haciendo fichas para el gran juego del prostíbulo nominalista de la impiedad. Recuperada la virginidad por la inmersión en el río sagrado de la "inocencia del devenir", todo acto humano se convierte en superhumano por el viejo juego "cósmico" de la nueva contemplación del fluir de la imagen-espectáculo, progresivamente "virtual". Tal derroche de pátina y luminiscencia es, en realidad, la cristalización y proyección del *sin sentido del respeto ontológico*; el cual exige intrínsecamente que todo ser no sea englobado en cualquiera homogeneización o fluidificación, aunque se presenten como apetecibles, sino que sea *reconocido en su grado de ser*, según la dialéctica metafísica de multiplicidad y unidad. Por lo demás, la negación del respeto ontológico aparece claramente a cualquiera que no sea obtuso del todo, en cuanto se observa que el gran río de la "inocencia del devenir" es, en realidad, un amalgama de desolación y tosquedad, insipidez e inanidad —en el lenguaje, en las decisiones, en el trato— aunque a veces se escondan bajo complicadas cosméticas.

Lo que en *"Filosofía y antifilosofía"* Sciacca llama "cáncer de economicismo y cientifismo, del sociologismo y de la tecnocracia" (16), se muestra desbordante de salud cuanto más está ocupado en los "negocios", eclécticos, sin límites ni escrúpulos de los diversos irenismos y sincretismos que venden a un caro precio la hipocresía de creer en todo, contrabandeando el más absoluto desinterés por cualquier forma de verdad (17). Con tal de aniquilar el mismo significado de la verdad con métodos, a veces suaves, a veces violentos, se envilece o se envía al exilio la teoresis, la contemplación y el pensamiento, la búsqueda de la verdad y la maravilla; incluso al precio de vaciar las mismas ideologías residuales, para poder "esterilizar" las bacterias de la creatividad, de la religión y de la moral, y conseguir así una más completa liberación de la libertad, reduciendo a niveles despreciables sus residuos accidentales. Únicamente una tal desinfección organizada científicamente y que sea eficiente puede permitir e intensificar la lluvia de las "nuevas religiones", recicladas, a ser posi-

(16) *Filosofía y antifilosofía*. Milán, 1968. *Obra completa*, XXVIII, pág. 57.

(17) Cfr. *ibidem*, pág. 126.

ble, de las ruinas de las viejas, no sin conservar cierto aroma de las más "primitivas".

La absolutización de la interioridad, de matriz luterana, desemboca así en la fragmentación subjetiva hasta el anarquismo más o menos inconsciente u obligado. La "muerte de Dios" transforma en "pulgas saltarinas" las personas masificadas según los conocidos anuncios de los profetas Marx y Nietzsche. Bergsonismo, modernismo, freudismo, teilhardismo, se prodigan en "poner al día" la profecía empujando al progreso como dinámica para introducirse más allá de la objetividad del bien y del mal, de lo positivo y lo negativo, enunciando de tal modo el renovado dogma de la *eficacia vital* a este lado de todas las herejías viejas y nuevas. En relación con tales dinámicas, parece que ya no es suficiente la identificación de la contemporaneidad como *territus genus humanum*, después del judío y del cristiano, que Guilton dibuja en *Le Crist écartelé* de 1963. El "cuarto hombre" de hoy —¿la tan proclamada postmodernidad?— aparece caracterizado por el mismo desprecio hacia el cristianismo que hacia la irreligión, y, a la vez, por una mezcla equivalente de ambos según dosificaciones cada vez más "apetitosas". Tampoco es preciso incomodar a la llamada *New Age* ni a los movimientos tipo *Scientology*, para tener su fiel identificación. El núcleo genético, frecuentemente común a sincretismos y a los movimientos y tendencias ecumenizantes, está constituido en último análisis por la creciente urgencia de la necesidad de *obvido* que es, a la vez, quintaesencia y antídoto del bienestar y de todos los bienestares conseguidos por la opulencia tecnocrática. "Éxtasis" y espiritismos, conocidos y de modelo nuevo, neodionisíacos y neocultismos, esoterismos y neomisterios, magia y ocultismos, orgiásticos y tecnologismos virtualizantes, son mezclados e insertados en la cadena imparable de la producción-consumo por los supermercados de la "élite" democrática en el intento de taponar, de modo fantá alternativo, las crecientes brechas del superplanificado bienestar, el cual trasuda con peso aplastante la "alternativa" realísima de hacer prevalecer, sobre tanta civilización del futuro, su misma superproducción de excremento.

El culturalismo alimenta los transformismos más conformistas y sus modas derivadas, por lo que la "moda" del ateísmo, señalada por Sciacca en el 68 en *Los arietes contra la vertical* (18), está hoy transformada en la equivalente del sincretismo, acelerado y reforzado el proceso de disolución de toda religión propiamente tal, a través de la proliferación de la pulverización más libertaria y frecuentemente libertina de partículas de religiosidad. Escepticismo y agnosticismo asumidos como cuarteles de nobleza, dan como progenie óptima la deconstrucción programática que, en realidad, es la metodología de la desesperación, por tanto, tan construida como obligada. En la búsqueda de las nuevas fronteras del anticonformismo, dentro de la de-construcción, se hacen homogéneos los fanatismos y las rebeldías, como restos del esteticismo en unos niveles mínimos, neocinismo, que universalizan con el nombre de cultura —mientras que esto es rentable— las nuevas "encíclicas" proféticas cantadas en los mayores ritos de hoy día, los del "happening" de masas, convertidos en mercancías, tanto más cuanto más realizan una mezcla "a este lado" de la música de moral y libertad cuando en realidad en ella está realmente la exasperación del *continuum* de la idolatría.

Tal conflicto entre religiosidad y religión, creciente y devastador, manifiesta sin duda la sacrosanta necesidad de purificar sin cansancio "estructuras" —asociaciones, partidos, burocracias curiales— crecidas hasta dimensiones desproporcionadas, frecuentemente para fines parasitarios: es decir, la necesidad de vivificar y enriquecer la totalidad de las dimensiones de la persona, programa que ninguna cultura "oficial" está dispuesta a asumir por juzgarlo utópico y antieconómico, es decir, incómodo del todo y, por lo tanto, insensato. Pero el que la intención del conflicto entre religiosidad y religión sea en realidad de naturaleza mucho menos noble lo demuestra abundantemente su rebajamiento normal al nivel de los valores vitales y, en consecuencia, el rebajamiento de los mismos valores vitales que caracteriza el ambiente dominante. Este ambiente está determinado, efectivamente, por la dictadura del llamado bienestar; con su forma de dictar la ley,

(18) *Op. cit.*

por encima de todo, tiende a conformar las pasiones de las masas, en consecuencia, se acentúa el *plano inclinado* a lo largo del cual más rápidamente los diversos antiintelectualismos se deslizan hacia la neobarbarie y los diversos activismos aceleran a la vez el complejo de complejización y de caotización: un una palabra, aumentan la confusión como cosa normal.

En *Los arietes contra la vertical* y *El oscurecimiento de la inteligencia*, Sciacca profundiza en las causas radicales de tales procesos no dudando en sintetizarlas en lo que llama "el pecado del mundo moderno", o sea, en el "rechazo del ser por el hacer" (19). Consecuencia coherente de ello, es sobre todo, en primer lugar, el hecho de que la única concesión que hace la tecnocracia, con cuentagotas, al "discurso" religioso y no sólo en los *mass media*, es el de identificarse con sus implicaciones político-económicas, en la dirección de una completa homologación de todas las "creencias", sólo privadas en cuanto tales y, por tanto, equiparadas, y es un ejemplo, a los llamados "gustos" sexuales más allá de todo juicio. El renovado dogma de la autosuficiencia del hombre, en realidad, muestra que ha generado la "alianza diabólica" —así la llama Sciacca— entre política y tecnocracia para erigir y reforzar un humanitarismo y su solidarismo "de imagen" según las escenografías, fruto de cálculos complicados de las dominantes ideas psico-sociológicas: éstas, efectivamente, son un conglomerado de empirismos viejos y nuevos —sustitutivos de metafísica, moral y religión— que abarcan todo el planeta con resultados variadamente trágicos.

Las raíces de aquella "alianza diabólica" entre política y tecnocracia se extienden plurisecularmente. En el momento crucial de nuestro siglo, en los años veinte y treinta, se intensificaron sus ramificaciones que hoy fructifican incluido el sincretismo de supermercado. Baste aquí la alusión a figuras como Bergson, Freud, Guénon, Teilhard, Jung. Junto con Gandhi, que proclamaba un budista cristiano, un Radhakrishnan ha alimentado fuertemente las diarias modas anglosajonas, por lo tanto exportadas a todo el mundo, en el ámbito de una religión reducida a condi-

(19) *Los arietes contra la vertical*, cit., pág. 79.

ción y colaboradora de aquella alianza. "El teísta y el ateo —escribía Radhakrishnan en 1927— el escéptico y el agnóstico, pueden ser todos hindúes", porque lo que cuenta "es la intención y no la creencia" (20). Razón por la cual —como escribe en *The Religion of Spirit*— la humanidad debe construir una "religión que enseñe la posibilidad y la necesidad de la unión del hombre consigo mismo, con la naturaleza, con sus semejantes y el Espíritu Eterno (...), nuestras religiones históricas deberán transformarse en una fe universal o desaparecerán". Programa formulado —y es lo menos que se puede decir— sobre un abismo de ignorancia de la mejor tradición cristiana. Una de las innumerables ediciones proféticas en libros se puede hoy identificar en el cristiano-hindú-budista Panikkar, quien pretende indicar y realizar el ecumenismo más radical mediante un diálogo intra-religioso, sobre la base de la identificación de la religión con el misterio y de Cristo con el "principio cosmoteándrico". Se sigue de ello para Panikkar y sus secuaces la necesidad de que las religiones "tradicionales" renuncien a "toda pretensión de monopolio" (21) y, en consecuencia, a superar el cristocentrismo y el teocentrismo en pro del misteriocentrismo que, en realidad, es idolatría y nada más, por más desgarrada y frívola que sea. La edición más vendida entre nosotros es la de Elémire Zolla, desgraciadamente en estos últimos años cada vez más parecida a un ejemplar clónico de una fauna romana a lo Fellini. Honro aquí a Zolla con una segunda cita en atención al vivo recuerdo de su período —aunque pequeño— de colaboración con Sciacca.

Sciacca no se desgasta en el análisis del desarrollo del ecumenismo de escaparate; aunque lo observa vigilantísimo: se limita a identificar su consigna: aquella que —escribe en *Filosofía y antifilosofía*— "hace 'apetecible' el Cristianismo acomodando al gusto de hoy sus verdades", hasta hacer "un guiso y una albóndiga sin Dios y sin dogmas" (22). Óptimo alimento, es lógico

(20) *The Hindu View of Life*. Londres, 1927, págs. 38 y 77.

(21) Cfr. R. PANIKKAR, *The Intrareligious Dialogue*. Nueva York, 1978, pág. 220, y HAVÉ, "Religions" the monopoly on Religion?, "Journal of Ecumenical Studies", 1974, pág. 517.

(22) *Filosofía y antifilosofía*, cit., pág. 129.

observar, para la proliferación de los pseudo-universalismos tecnocientíficos; que, en realidad, son la edición de hoy del *Nouveau Christianisme* sansimoniano, del cual Rosmini señala con el dedo su ejemplar impiedad. En substancia, para Sciacca es de tal calidad la fructificación máxima del "mediocre y variopinto praxismo" (23) que universaliza lo mismo la religión y la política con la invitación urgente a ponerse de acuerdo "para una cooperación práctica, dejando aparte los principios teóricos". Su punto de partida es la *logofobia* —la enfermedad capital de la contemporaneidad— que, puesta la verdad en las cuerdas de la sofista alternativa "o la verdad o la eficacia" (24), se desahoga en contrabandos verbales de ínfimo neohelenismo. Sciacca no le ahorra la denominación más apropiada, helénica, de *pornolalia*, o sea, charla entre prostitutas y prostítopos, y está persuadido de que se trata de "normalizar" el lenguaje de los mass media según esas formas. Tampoco olvida ciertamente, con Rosmini, que "por las charlatanerías del mundo no se debe olvidar ningún bien por pequeño que sea, pues de otro modo los olvidaríamos todos (...) del mundo no puede venir otra cosa que charlatanería y persecuciones" (25).

El sofisma cardinal que sirve de apoyo a la tesis hoy dominante sobre el porvenir del cristiano, así como sobre la función del ecumenismo, es así sintetizada por Sciacca: "la fe en el Dios cristiano está muerta para la cultura contemporánea, que es post-cristiana; de donde se sigue que o nos retiramos de la cultura para preservar la primera o nos metemos en ella aceptándola así como es: atea; lo que, añade, no es más que "un retorno del protestantismo privado de sus valores cristianos, el cual bajo la especie del ecumenismo se ha empeñado, estrechando todas las alianzas, en la destrucción del catolicismo" (26). Claridad cortante que nada tiene que ver ni con el reaccionarismo ni con la nostalgia. En cambio, señala, con lógica y coherencia profundas, las condiciones necesarias tanto para el auténtico pluralismo filosófico

(23) *Ibidem*, pág. 33.

(24) *Ibidem*, págs. 88-70.

(25) Como Rosmini escribe a Luigi Gentile el 4 de junio de 1830.

(26) *Los arietes contra la vertical*, cit., págs. 94 y 101.

como para el auténtico ecumenismo, o sea, la exclusión dogmática, en tanto que intrínsecamente contradictorios de los principios de relativismo y eclecticismo y de los consiguientes compromisos prácticos, los cuales en todo caso se hacen esclavos del "mercado", de las "audiencias" así como de las "flautus vocis et phantasmatis", precisamente matrices de los sincretismos. En resumen, como Sciacca escribía ya en 1948 en el volumen *La Iglesia y la civilización moderna*, en ningún caso se trata de "adaptar el Catolicismo a nuestras necesidades contingentes o a intereses políticos o a gustos del momento", sino de incrementar "el encuentro con las exigencias profundas" las del hombre en su integridad (27). Los ecumenismos, hijos de la violencia del "espíritu del tiempo" dan a luz, de hecho, a su peor enemigo, precisamente los sincretismos. La abdicación de la necesidad de la metafísica, de la objetividad de los principios y de los valores es el camino suicida por excelencia, muy pronto incluso con respecto a lo que se instrumentaliza idolátricamente, ciencia, técnica, religión. Es impotente para "hacer historia" quien no ejercita el "derecho obligatorio de guerra al error" allí donde se descubra por amor a la verdad. Pero la condición necesaria de este ejercicio es nada menos que el ejercicio caritativo del "deber de repensar el sistema de la verdad" como escribe Sciacca, rosminianamente en *Filosofía y antifilosofía* (28). Confirmación ulterior de la profunda naturaleza de su posición en relación con los problemas de los que nos venimos ocupando; es, efectivamente, la posición de las auténticas conciencias religiosas, que son tan implacables como caritativas, constructivas y creadoras.

(27) *La Chiesa e la civiltà moderna*, cit., pág. 61.

(28) *Filosofía e antifilosofía*, cit., pág. 56.